

Pueblo de leche y barro

Mariana Mancebo Áñez



Image not found.

Capítulo 1

Cayui está junto al hogar trenzando una cesta de mimbre. Debería ser yo la que estuviese trenzando la cesta, la cesta de mimbre en la que Cayui meterá los peces –los atunes, las doradas – que pesque en el mar que no se puede ver desde aquí cuando la cesta que tiene ahora, la cesta que está sobre el hogar, se rompa. Yo le digo que ya lo hago yo, que con esos dedos gruesos y duros no se puede trenzar bien, que las cañas de mimbre se escurren entre los dedos y es más difícil unir las, entrelazarlas entre sí, pero él insiste; quiere hacer la cesta de mimbre él mientras yo preparo la comida esta mañana, amaso las tortas de maíz con las palmas de las manos y Cayui empieza a cantar y yo no quiero que trencé la cesta de mimbre pero acabo callando, la voz de Cayui me retumba en los oídos y acabo cantando después con Cayui que está junto al hogar. Afuera llueve.

La luz comienza a entrar por la ventana: es el sol que empieza asomarse a lo lejos, asoma un poquito la cabeza y el pelo se le va derramando por el mar y por la tierra; y el mar brilla con el sol y la tierra se ilumina un poco y Cayui se pone en pie. Yo me pongo en pie también y envuelvo las tortas en hojas de plátano que me regaló mi hermana Yigüe la última vez que vino al pueblo, hace dos o tres lunas ya, y que están un poco secas y crujen un poco cuando las doblo y las meto en la bolsa de tela de Cayui, la bolsa que tejí para Cayui antes de unirnos y que voy adornando con cuentas cada vez que llega a casa desde el mar.

Cayui sale de la casa y yo salgo con él. Las mujeres de los pescadores no salen de la casa cuando los hombres van a pescar, trae mala suerte que las mujeres toquen los barcos o se acerquen a ellos; las mujeres se quedan en la casa cuando el hombre sale, pero yo acompaño a Cayui hasta que se me hundan los pies y en la arena y entonces me paro; Cayui sigue caminando hasta la barca y se sube y me dice adiós con una mano y yo miro la barca alejarse hasta que casi se toca con el sol que ahora es grande y redondo y brillante y pienso “vuelve hoy”. Las mujeres se quedan en casa cuando el hombre sale porque da mala suerte estar cerca de las barcas, pero yo tengo miedo de que si no veo a Cayui marchar, si no lo despido con la mano con los pies enterrados en la arena, el mar se lo trague y se lo quede para él solo y ya nunca vuelva; el mar que me dio a Cayui se lo lleve y ya nunca más vuelva a ver sus manos trenzar el mimbre.

Cayui había venido al pueblo en una barca desde muy lejos, desde más allá del mar que podemos abarcar con la vista, Cayui siempre dice que hay mucho que no vemos pero que está ahí, como Kalud y Kayad, y que el vino de un lugar que yo no puedo ver con mis ojos pero que está. Yo siempre le pregunto por qué vino y a él se le llenan los ojos como de agua de mar y prefiero no preguntarle más, prefiero abrazarlo y seguir

bordando o cocinando o cantando o trenzando el mimbre.

La tierra compacta y seca se va desmoronando y haciendo fina y mis sandalias se van hundiendo poco a poco y sé que es hora de volver. Cayui se vuelve y me mira y me limpia el sudor de la frente, hace ya mucho calor. Las viejas dicen que antes hacía más calor que ahora, mucho más, cuando eran niñas y los hombres y las mujeres vivían en cuevas bajo la tierra y solamente salían después de que el sol saliese y un poco antes de que se pusiese y eso era todo. Ahora hace menos calor que entonces, a veces en la noche junto al mar el viento no es tan cálido y te revuelve el pelo, pero ahora hacer calor y mi frente está sudada y Cayui me limpia el sudor con la palma de la mano. Yo me acerco y le rodeo con los brazos y aspiro el olor de su sudor; el sudor de Cayui que es leve y salado, como el mar; pongo la cabeza en el hombro de Cayui y miro al mar. Y veo algo.

Capítulo 2

Ve algo, pero no en el mar. Veo algo junto al mar, en la arena que las olas tocan; la misma arena en la que yo estoy parada pero mojada y más lejos, junto a la barca de Cayui. Y es algo blanco.

Cayui mira mi cara y también se gira para ver qué estoy mirando y todo está en silencio. Antes, cuando Cayui limpiaba el sudor de mi frente y yo olía el sudor de su cuello, oía la respiración de Cayui. Pero ahora nada se oye. Solo las olas chocando una y otra vez, una y otra vez, vienen y van, contra algo blanco y grande. Y por eso sé que Cayui lo ha visto como yo, que no es algo que solo yo he visto, porque Cayui también ha dejado de respirar o ahora respira más quedo, no sé, tampoco me oigo respirar y aprieto la mano de Cayui.

Cayui se dirige hacia el algo blanco y yo tengo miedo. Tengo miedo pero sigo a Cayui, los pies se me hunden en la arena que aún se puede pisar, aún no está caliente; y Cayui se va acercando a las olas y yo también; la espuma de las olas a veces cubren el cuerpo blanco un momento y luego lo destapan, lo dejan descubierto como un niño que se quita la frazada mientras duerme. Ahora sé que es un cuerpo y Cayui no se detiene hasta llegar a la orilla. Yo sigo a Cayui.

Sobre la arena hay un cuerpo blanco vestido con ropa blanca. Yo nunca he visto ropa así; ropa tan blanca, una vestido largo muy blanco. Ni tampoco he visto nunca una persona así. Tiene dos piernas y dos brazos y una cabeza como nosotros, pero no son como las piernas de Cayui o mis piernas, no son como nuestros brazos, no son como nuestra cabeza. Cayui y yo estamos hechos de tierra, lo sé bien, de la tierra roja que está allá arriba en las cuevas donde los hombres y las mujeres vivían antes, Cayui y yo somos de tierra, y en la cabeza tenemos cabello negro que va de un lado a otro en la noche cuando sopla el viento y no se distingue; no se distingue del viento ni de la noche.

Pero los brazos y las piernas que veo no son de tierra. Son blancos, son muy blancos, son como la arena en la que está acostado el cuerpo, la arena fina que va entrando poquito a poco, poquito a poco, en mis sandalias con cada paso, conforme me acerco a la orilla. Y el pelo de Cayui y el mío es negro y ahora no se ve, ahora el pelo de Cayui y el mío no se distinguen del cielo en el que el sol no se ve casi todavía. Pero el pelo que veo sobre la arena es amarillo como el maíz que sembramos y molemos, es amarillo como las piedras que hay en el fondo del río y a veces, cuando reflejan el sol, brillan un poco.

El sol no se ve casi todavía, pero sí se ve la luna, allá arriba en el cielo azul y negro, se ve la luna redonda y grande y blanca, y la luz de la luna es blanca también como la mujer sobre la arena. Y pienso que la mujer

debe venir de allí, de la luna, que igual que Cayui estamos hechos de tierra roja; la mujer está hecha de la tierra blanca de la luna que se ve así de lejos; la luna que es grande y nosotros tan pequeños y tan lejos, pero la mujer de la luna está aquí frente a nosotros, sobre la arena; la arena en la que mis pies se hunden y Cayui me mira y dice simplemente:

—Llémosla a casa.

Capítulo 3

En casa de un hombre solo cabe una mujer, y en casa de una mujer solo cabe un hombre. Es una cosa que en el pueblo todos los hombres y todas las mujeres saben; y en los pueblos que están lejos de aquí y que visita Yigüe y su esposo también lo saben. La gente del pueblo no lo dice, pero lo saben; y nosotras las mujeres lo aprendemos cuando todavía no somos mujeres, cuando todavía somos niñas y nos enseñan poco a poco a dejar de serlo: el agua se recoge antes de que el sol esté en lo alto, la comida se hace después de recoger el agua fresca, en la casa de una mujer solo cabe un hombre.

Cuando viene el comerciante a ofrecer hojas de palma para envolver los dulces, telas para envolver las camas, siempre avanza desde el camino de tierra hasta el umbral de las casas, pero nunca más allá. Los hombres pescan, y mientras pescan el mercader no puede estar en casa; y las mujeres y los hombres comercian en voz baja, a cierta distancia, la mujer detrás de la puerta. Así es como ha sido siempre.

Una vez un mercader llamó a la puerta de mi casa, no la casa en la que vivo ahora con Cayui; llamó a la puerta de la casa en la que vivíamos mi madre, mi padre, mi hermana Yigüe y yo mucho antes de que yo me uniera a Cayui. Llamaron a la puerta de la casa, pero ese día no estaban mi madre, mi padre, ni Yigüe. Yigüe recogía agua en el río como luego aprendería a hacer yo, recoger agua en grandes cántaros de barro. Yo estaba sola en la casa haciendo formas en la tierra del suelo con dos ramas; con una hendía la tierra y hacía formas; con otra las borraba. Hacía dibujos como los que había visto con Cayui en las cuevas donde vivían los primeros hombres y mujeres. Dibujaba el río, los árboles que estaban cerca del río y a Yigüe recogiendo agua, y a mí también me dibujaba en la tierra seca recogiendo agua con Yigüe. A mi madre no le gustaba que yo hiciese formas en la tierra, solo Kalut puede hacer formas de la tierra, como nos había hecho a Cayui y a mí de tierra roja, como quizás también habría hecho a la mujer blanca con la tierra de la luna, que era una tierra que yo no conocía, y solo Kalut puede alcanzar y tocar y moldear y hacer a hombres y mujeres de tierra blanca. Y solo Kayad puede borrarlas, solo Kayad puede borrar, puede deshacer la arena y el barro en la oscuridad de la noche.

Al hacer formas en la tierra uno las crea y les da vida como Kalut, pero Kalut tiene vida eterna para crear todas las cosas, Kalud es toda la tierra que pisamos y la que no vemos. Kalut es la tierra roja de las cuevas, la tierra amarilla del mar, la tierra blanca de la luna. Y nosotros que estamos hechos de esa tierra si creamos perdemos un poco de la tierra que nos da Kalut y morimos un poco, nos acercamos más al reino de Kayad. Kayad no está hecho de nada, de la tierra seca en la que ya no se puede

sembrar. Esto decía mi madre.

Yo escuchaba estas cosas y temía; temía que la tierra de la que estaba hecha ya no fuese tan compacta, esta tierra tierna y roja, y que hubiese perdido mucha tierra, mucha tierra dibujando el río y los árboles junto al río y a Yigüe recogiendo agua junto a él. Tenía miedo de ser como las viejas de la aldea que dibujan en los cuerpos de los enfermos y las mujeres que van a parir y se van secando y son pequeñas y marchitas como la hoja seca de la palma, parecen tan viejas como la montaña. Pero a veces recogía una rama seca y dibujaba las cosas en la tierra de la casa, dibujaba y era Kalut, y era Kayad cuando con ramas tiernas borraba para siempre el dibujo de la tierra cuando oía pasos al otro lado de la puerta de la casa en la que vivíamos mi madre, mi padre, Yigüe y yo antes de Cayui. Y aquel día oí pasos y los árboles y el río y Yigüe se extinguieron bajo las hojas.

En casa de una mujer solo cabe un hombre, pero aquel día todavía no era mujer. Aquel día no sabía y era Kalut y Kayad, y niña dibujando en la tierra y un hombre llamó a la puerta y abrí. El hombre preguntó si podía pasar y yo no sabía que en casa de una mujer solo puede haber un hombre y en mi casa ya había uno, estaba mi padre, y lo dejé pasar.

—Déjame que te muestre las muñecas de trapo y los manteles para tu mamá.

Yo pensé que si tenía una muñeca hecha de retales como las que el mercader traía en su bolso podría hablar con Yigüe y jugar con Yigüe sin tener que dibujarla en el suelo, podría poner el nombre de mi hermana a una muñeca y el mío a otra y recoger agua en un río hecho de hilos de agua de mar y por eso dejé pasar al hombre y el hombre cayó sobre mí.

El hombre cayó sobre mí, me empujó y caí sobre el río, los árboles y Yigüe en la tierra de la casa, y el río los árboles y Yigüe se borraron para siempre bajo mi cuerpo; mi cuerpo que gritaba y se movía sobre la tierra vacía bajo el hombre extraño que olía a sudor, al sudor rancio y penetrante de aquellos que hace mucho que no son niños, que ya son hombres. El hombre dijo que callara, dijo que callara porque yo gritaba y me movía y sacó un cuchillo que tenía guardado en el cinturón y rompió el vestido que mi madre había cosido, el vestido que mi madre había tejido con los hilos que otro hombre que nunca entró a la casa había traído. Y yo callé porque tenía el cuchillo en la cara y sabía que el hombre podía borrarne, el hombre podía extinguirme como Kayad y borrarne como el río, los árboles, Yigüe sobre la tierra; Yigüe sobre la tierra, sobre la tierra, sobre la tierra.

El hombre gritó y ya no había nadie encima de mí y la cara del hombre sangraba, la sangre le caía por la barbilla como cae el sudor por la cara a media tarde cuando el viento ya no sopla y las hojas de los árboles no se

mueven. El hombre gritó otra vez pero de otra forma, el hombre gritaba sin sorpresa, le gritaba a Yigüe que estaba en la puerta de la casa con la rama llena de hojas con la que extinguía, con la que borraba, y Yigüe sujetaba la rama y gritaba al hombre y el hombre se fue y jamás volvió a la casa.

Yigüe me abrazó y lloramos mucho tiempo y las lágrimas me resbalaban por la cara y caían en la tierra seca y la mojaban.

Y mi madre me pego esa noche y entonces yo supe para siempre que en casa de una mujer solo cabe un hombre.

En casa de una mujeres solo cabe un hombre, pero en casa de un hombre cuántas mujeres caben es algo que no sé. También dicen que en casa de un hombre solo cabe una mujer, pero sé bien que no es verdad, que las mujeres comparten techo en casa de un hombre y la gente calla.

Cayui está frente al mar y se arrodilla sobre la mujer de tierra blanca.

—Llévatela a la casa.

Cayui me mira y yo levanto a la mujer de tierra blanca por los hombros y Cayui la levanta por los pies y la mujer no pesa nada. La mujer de tierra blanca es como un cántaro de agua y no sé si cabe o no en mi casa.

Capítulo 4

Cayui deja a la mujer blanca sobre la cama; deja a la mujer de la luna sobre la cama de paja en la que Cayui y yo dormimos. Cayui no dice nada.

Ya no está oscuro, el sol ya no se esconde detrás del mar y se muestra su cara como es, redonda y roja, y me muestra la cara de Cayui que observa a la mujer blanca sobre la cama; la mujer blanca que no está muerta porque es como nosotros, tiene dos piernas y dos brazos y una cara y los ojos cerrados como Cayui y yo mientras dormimos y una nariz y por la nariz pasa el aire de la mañana, el aire que huele a sal y arena y a paja seca. La mujer no está muerta, pero tampoco sé si está viva y el sol me deja verla a ella que está hecha de arena blanca y a Cayui de tierra roja y sus ojos miran los ojos cerrados de la luna.

Algunas de las viejas que pueden hablar con Kalud dicen que Kalud es una mujer que vive en la luna. Cuando la aldea se acaba hay muchos árboles. Junto al mar no hay árboles, solo arena y agua y casas y palmas, pero la aldea se acaba y uno puede seguir el camino río arriba y los árboles cada vez son más; más altos, más llenos de hojas, más. Y al pie de la montaña donde están las cuevas de los primeros hombres y las primeras mujeres, mucho antes que nosotros, hay una casa y en la casa viven las viejas que hablan con Kalud y Kayad.

La gente del pueblo va a veces a ver a las viejas, pero siempre en silencio, sin contarlo a nadie antes de salir de sus casas de tierra que son como la mía y la de Cayui. Nadie quiere ir a ver a las viejas, nadie quiere hacer el camino a la casa al final del pueblo escondida entre los árboles. Pero todos lo hacen en algún momento. Los hombres avanzan temblorosos y arrastrando los pies; las mujeres llevan a un hijo que llora envuelto en telas. Las viejas dibujan con tierra roja y mojada sobre la piel de los viejos y los niños y las mujeres, y en la casa ocurren cosas de las que nadie habla. Mi madre me dijo que nunca fuese a la casa de las viejas, que nunca fuese a la casa que está donde el pueblo acaba.

Mi madre me dijo que nunca fuese a la casa de las viejas, pero sé que ella fue. Sé que hizo el camino a la casa de las viejas como otros del pueblo, y las viejas dibujaron sobre su vientre, el vientre que ella creía yermo con los campos de las tierras que no toca el mar, y que después murió. Y yo fui después a las viejas, después de unirme a Cayui.

Las viejas hablan con Kalut, pero también hablan con Kayad para interceder entre nosotros, los hombres y las mujeres de esta tierra, y ellos, que no podemos ver ni oír, pero que están y son más grandes que nosotros. Llaman a Kalut para hablar de vida, conversan con Kayad y hablan de muerte. Kayad escucha más que Kalut, las viejas dicen que

Kayad es casi humano, pero también es menos clemente. Kalut está demasiado lejos, las viejas dicen que en la luna, a veces no oye lo que decimos ni ve lo que hacemos. Pero Kayad vive entre nosotros, pisa la tierra que pisamos, esta tierra roja y seca. Kayad ve lo que hacemos y oye lo que pedimos. Kayad y otorga la enfermedad, y la plaga y la muerte cuando se le pide. La gente teme a las viejas que pueden hablar con Kayad.

Algunas viejas dicen que Kalut es una mujer, Kalut es una mujer que vive lejos en la luna y me pregunto quién será la mujer de tierra blanca que duerme sobre la cama, la cama en la que dormimos Cayui y yo, y ahora abre los ojos.

Capítulo 5

La mujer blanca, la mujer que no soy yo y está sobre mi cama y sobre la cama de Cayui abre los ojos y no mira a ningún lado. Los ojos de la mujer blanca están quietos como el agua de un estanque; como los huecos de arena que se llenan de cangrejos y agua cuando sube la marea pero no llegan al mar como el río, no están unidos al mar y el agua no se mueve, no fluye, siempre está del mismo modo. Los ojos de la mujer están así, abiertos y quietos y son como un mar pequeño, un mar inmóvil de agua azul y verde. La mujer blanca no mira la pared de barro, ni la cesta de mimbre que Cayui trenzó esta mañana, ni me mira a mí. Son los ojos del que no mira ya a nada. Y tengo miedo.

La mujer mueve un poco los labios y dice algo, dice algo muy quedo y no la oigo y sus labios crujen como las hojas secas crujen bajo los pies en los senderos de tierra que van al río. No sé qué dice la mujer, pero sé que sus labios están secos; veo las comisuras agrietadas y blancas y busco el cántaro de agua que está junto al hogar y en una concha vierto agua, y el agua de la concha la vierto sobre la boca de la mujer y sus labios se mojan y el agua corre en hilos por su cara lentamente, resbala en pequeños ríos sobre la cara blanca, el cuello blanco, el torso blanco. Y la mujer habla otra vez, y su voz ahora es más clara, pero no dice nada; sus palabras son como los gritos de animales que no podemos entender, no podemos entenderlas como las palabras que hablan Kalut y Kayad, que están en las voces de las olas chocando en la arena y en el viento empujando las hojas de las palmas. Estoy sentada junto a la mujer blanca y tengo miedo pero acerco mi mano, alargó mi mano hasta la cara de la mujer y la toco y está caliente, está seca y caliente y me quema la palma de la mano, es como la arena junto al mar cuando el sol está en lo alto, la arena que se mete en las sandalias y quema las plantas de los pies. Me pregunto si la luna es también cálida como el sol.

Me acerco al borde de la cama, la cama de Cayui y mía, la cama donde ahora está la mujer blanca; y abro un cesto de mimbre y saco de él un retal de la tela con la que hago mis vestidos y los de Cayui; escojo con mis manos una pieza y lo sumerjo en el cántaro de agua, y la tela arrugada se hincha en el agua fresca; aprieto la tela sobre el cántaro, el agua es valiosa, es valiosa el agua que se escapa entre mis dedos. Mojo la boca, las mejillas, la nariz de la mujer blanca; que son como mi boca y mis mejilla y mi nariz pero más blancas, más pequeñas, más calientes. Dejo la tela sobre la frente de la mujer y pienso en el hijo de Yigüe.

La fiebre negra se lleva a los hijos antes de que los hijos tengan nombre. Yigüe no era como mi madre y como yo, Yigüe se unió a Carid y parió a un hijo la siguiente primavera. No hay que ponerle nombre al hijo hasta tres lunas después de su nacimiento; Kalut puso nombre a los peces y a las bestias y la montaña y al río, Kalut susurra suavemente a las

mujeres el nombre de sus hijos antes de que nazcan y entonces las mujeres saben que ese es su verdadero nombre. Pero Kayad no debe saber nunca el nombre; si Kayad dice el nombre, si Kayad pronuncia el nombre con sus labios de sombra; el pez, la bestia, la montaña y el río se apagan; la vida se escapa del hijo que acaba de llegar a este mundo, el hijo que aún no es parte de este mundo. La madre espera a la tercera luna, cuando el hijo ya es parte del mundo de las cosas que vemos, el mundo que Kayad no puede ver y solo puede oír. Entonces se le da nombre.

Yigüe parió un hijo en primavera, cuando el sol llega a lo más alto del cielo y aún no llueve y algunas cosechas se secan. Pero aquel año las cosechas no se secaban, la lluvia caía tibia y leve sobre la tierra y la mojaba, y Yigüe parió así, rodeada de lluvia; mi madre nos dijo que no era día de buscar agua en el río, que ese día llovería; pero Yigüe y yo fuimos al río. Buscábamos agua en el río y Yigüe sintió dolor en el vientre y de ella brotó agua como brota en las cuevas en el interior de la montaña, el agua nace de las entrañas de la tierra igual que nacía del vientre de Yigüe, y el dolor la desgarraba y hacía que Yigüe gritase; Yigüe gritaba en la mañana como un animal herido.

Estamos en el río, Yigüe y yo estamos en el río lejos del pueblo y Yigüe grita y llora y tengo miedo de que Yigüe acabe aquí, de que Kayad borre la vida de su cuerpo y la lleve para siempre al otro mundo, a un mundo que yo no puedo ver igual que Kayad no puede vernos a nosotros. Y oigo la voz de mi madre: "nunca vayas a la casa de las viejas".

—Vamos a la casa de las viejas.— Me acerco a Yigüe y paso mi mano por su frente, el pelo de Yigüe está mojado de lluvia y sudor.

Yigüe dice "no" una, dos, tres veces; dijo "no" con los labios mojados de agua; los labios de Yigüe están mojados de lluvia fina, de sudor y lágrimas. Y veo los ojos de Yigüe que son iguales que los míos, Yigüe tiene miedo como yo, miedo de morir y ver morir. Y tomo la mano de Yigüe, la mano pequeña y áspera como la mía, y caminamos juntas, Yigüe camina más despacio y arrastra los pies y se encoje de dolor, hasta la casa al final del pueblo, donde viven las viejas.

Nunca vayas a casa de las viejas dijo mi madre, pero Yigüe y yo fuimos igual que van muchas, igual que fue mi madre; caminamos el sendero de tierra mojada entre árboles cada vez más altos, cada vez más altos; y Yigüe arrastra los pies sobre el barro cada vez más lento, cada vez más lento. Y llegamos a la casa de las viejas y era como mi casa, la casa donde vivimos yo y mi madre, Yigüe ya no vive con nosotras; era como las otras casas del pueblo, era una casa grande de barro con una puerta de madera, pero la madera de la puerta de la casa de las viejas estaba ajada y rota y yo la golpeo con la mano abierta, la madera de la puerta cruje y se resquebraja, como la arcilla que no ha secado bien, que

no hemos dejado secar bien al sol.

El tiempo pasa y nadie responde. Los ojos de Yigüe ya no están mojados de lágrimas y están cerrados y Yigüe deja caer el peso de su cuerpo sobre mí, sobre mi cuerpo más pequeño que el de Yigüe pero más joven, más fuerte. Y grito; grito golpeando la puerta vieja y rota e imploro a Kalut y Kayad, y el tiempo pasa y nadie responde.

Yigüe se acuesta sobre el camino de barro por el que habíamos caminado, se acuesta junto a un árbol y su piel también era de barro, la cara de Yigüe era como las figuras que las mujeres hacen de tierra roja y dan a otras mujeres, a las mujeres que esperan a un hijo o que quieren tenerlo y adornan las casas. Yo me acuesto junto a ella y la rodeo con mis brazos, mis brazos que también están cubiertos de barro, y canto, y Yigüe respira despacio, cada vez más despacio con los ojos cerrados y ya no llora, pero yo sí lloro, las lágrimas y el barro me caen por la cara mientras canto a Yigüe una canción para dormir, canto con mi voz áspera una canción como las que cantaba mi madre a Yigüe y a mí, como las que Yigüe cantaría a su hijo; canto despacio y quedo y con los ojos cerrados.

Y la puerta se abre.

Las viejas arrastran a Yigüe con sus manos nudosas, mis manos aún son jóvenes y lisas, las manos de las viejas son duras como los troncos de los árboles fuera de la casa; arrastran a Yigüe dentro de la casa y la hacen masticar las hojas de la silva, la hoja de la silva la mastican los pescadores en la tarde cuando el sol empieza a bajar y les duerme la boca, y ven cosas que yo no puedo ver, ven las cosas del mundo de Kayad. Y las viejas dibujan con tierra roja formas en el vientre de Yigüe y Yigüe grita, Yigüe despierta y grita una y otra vez, grita cada vez más alto; yo tengo miedo y pienso en sacar a Yigüe de la casa de las viejas y volver a cantarle hasta que se quede dormida, pero las viejas me apartan y ya no puedo ver a Yigüe; Yigüe está rodeada por las viejas y ya no puedo verla. Y oigo otro grito.

Oigo un grito más fino y más agudo y penetrante; el grito entra en mis oídos y es como una canción, y entre las viejas veo a Yigüe sujetando a un niño lleno de sangre; las viejas lo limpian con paños húmedos y Yigüe sonríe con los ojos cerrados; el niño ya no grita y cierra los ojos como Yigüe; Yigüe es amarilla como el trigo; el hijo de Yigüe es rojo como la tierra de la que estamos hechos, de la que Kalut nos hace.

Faltaban tres días para que Yigüe pudiese darle nombre a su hijo. Pero el hijo de Yigüe tuvo fiebre; la frente del niño estaba caliente como el sol de mediodía; y el hijo de Yigüe murió tres días antes de recibir su nombre.

La mujer de blanco cierra los ojos; ahora sus ojos están otra vez cerrados. Yo mojo de nuevo el trapo y lo pongo en su frente y canto una canción para dormir; como las que me cantaba mi madre a mí, como las que cantó Yigüe a su hijo.

Duerme duerme, dulce bien

con los ojos cerrados

Kayad no puede ver,

mi bien, Kayad, no te puede ver.

Capítulo 6

El sol está alto en el cielo y Cayui vuelve a casa. Cayui vuelve a casa y la mujer blanca sigue sobre la cama; sobre mi cama y la cama de Cayui y aún duerme; la mujer blanca no ha vuelto a despertar desde que abrió los ojos, los ojos como el mar que no miran a nada, esta mañana; la luz era blanca y fría dentro de la casa cuando la mujer despertó, y ahora es amarilla y quema la piel cuando Cayui abre la puerta y entra en la casa.

Cayui me mira y no dice nada y se sienta sobre el suelo y prueba la sopa de cangrejo que hay en la olla de barro sobre el fuego; mete la mano en la olla y luego se chupa los dedos. Yo le digo a veces "no hagas eso", no metas la mano en la sopa con las manos sucias le digo, pero no lo pienso, yo también meto las manos en la sopa a veces y la pruebo así, chupando los dedos goteando sopa; pero lo digo igual "no hagas eso con las manos sucias" como mi madre decía; Yigüe también a veces dice las mismas cosas que mi madre decía. No metas las manos sucias en la sopa, no juegues en los charcos de cangrejos, el pelo se peina de abajo a arriba, de abajo a arriba. Yigüe repite estas cosas pero no sé si las piensa.

Yo me siento junto a Cayui y tampoco digo nada, aunque quiero decir, no digo nada y también meto la mano en la sopa y la pruebo, y meto las tortas de maíz en la sopa y las como así, bien mojadas; así comemos los dos, Cayui y yo, y ninguno dice nada. Pero acabamos de comer y Cayui habla.

— ¿De dónde crees que vino? —Cayui no la mira, no la señala, pero yo sé que habla de la mujer blanca, la mujer que está sobre la cama.

—Seguramente de la luna— Cayui me miró y se ríe y vuelve a sorber la sopa y a masticar las tortas en silencio.

No hay agua ya en las vasijas de barro junto a la puerta y no lloverá esta noche, igual que no llueve nunca ninguna noche en este verano. Si uno no tiene pescado o maíz, uno va al centro del pueblo y entra en el granero y recoge lo que necesite para el día. Los hombres pescan en el mar y las mujeres sembramos el maíz y cuidamos los cerdos y las vacas, y al final del día y al final del verano el pescado y el maíz se recogen y se da a todos lo mismo; se da pescado a quien no ha pescado y maíz a quien no ha sembrado porque no se puede pescar y sembrar al mismo tiempo. En este pueblo criamos sobre el mundo que ha hecho Kalud y de él vivimos, y repartimos lo que cogemos a todos de igual manera, igual que Kalud reparte los árboles, el agua, los peces y el maíz de igual manera en toda la tierra que puede ver.

Pero el agua hay que buscarla. Cada mujer lleva vasijas de agua al río y recoge el agua para su casa. Así lo voy a hacer yo hoy, y así lo

hacíamos Zanye y yo todos los días cuando aún éramos niñas. Andábamos por el sendero de tierra seca que se hace polvo al pisarla y llegábamos al río; íbamos cargando las vasijas, Zanye muy derecha, muy recta, como un árbol, con las vasija sobre la cabeza; yo más detrás, más despacio, cargando la vasija en las manos porque aún no sé llevarla así, como la lleva Zanye, tan alta y tan firme como un árbol.

Zanye es mayor que yo, y es más alta, nació dos veranos antes, y a veces empieza a andar y me deja atrás, echa a andar mientras canta y me deja atrás, pero cuando parece que voy a perderla de vista deja de andar y mira hacia atrás; se ríe de mí por ir tan lento, por llevar la vasija agarrada a mí con los brazos, y me espera. Y yo intento correr, inclinada hacia un lado por el peso de la vasija, y me vuelvo a poner al lado de Zanye; no quiero que me deje atrás Zanye, lo que más me gusta es caminar a su lado hasta el río para recoger agua, y hablar con Zanye y cantar con Zanye cargando las vasijas de barro, grandes y pesadas.

Zanye llega al río y deja la vasija en la orilla, la entierra bien en la tierra para que no vuelque y se rompa, o no baje rodando hasta el río y la arrastre la corriente. Se acerca hasta el río y se recoge el vestido un poco con las manos, lo arruga sobre las rodillas mientras mete los pies en el agua.

Me acerco lentamente hasta la orilla del río, estoy cansada y me duelen los brazos de llevar la vasija, meto los pies en el río pero los saco enseguida. El agua del río está siempre fría pero es verano y a Zanye no le importa, va de piedra en piedra en el río con saltos cortos y con el pie levanta el agua y me salpica y me dice que entre con ella y yo no quiero; el agua está fría y qué dirá mi madre si vuelvo a casa con el vestido mojado. Pero Zanye parece tan feliz saltando entre piedras, agachándose para ver las ranas nadando en el río, parece muy feliz Zanye y quiero estar con ella y me quito las sandalias y me meto en el río hasta los tobillos.

El fondo del río está lleno de piedras y se me clavan en las plantas de los pies y resbalan. Las piedras son redondas y lisas, las piernas me tiemblan cuando intento acercarme a Zanye, un pie resbala sobre la piedra y mi cuerpo se sumerge entero en el río, qué va a decir mi madre cuando vuelva a casa con el vestido mojado. Zanye se deja caer en el río, junto a mí, Zanye también se moja los brazos, el pelo, el vestido; se llena la boca con agua del río y escupe un riachuelo pequeño sobre mí y yo me río. Me rodea con los brazos; sus brazos están fríos, siento las manos mojadas de Zanye en los hombros y en la espalda, y ella también ríe, y su risa suena como el río, como el agua chocando contra las piedras en el lecho y en la orilla. Pero su risa no es fría como el agua del río; su risa es agua cálida que me moja el oído, la frente, el cuello. Zanye se

aleja de mí.

—¿Qué te pasa? Tienes una cara bien rara.

—A mi mamá no le va a gustar que me haya bañado en el río y haya mojado el vestido.

Zanye extiende su mano y agarra mi mano con fuerza y me saca del río, me lleva hasta la orilla y me saca el vestido por arriba, Zanye también se saca el suyo, y los deja así, mojados y extendidos en un pedazo de orilla en el que sol se ha detenido, el sol se ha filtrado entre las hojas de los árboles y ha desaguado en este pedazo de tierra donde Zanye ha dejado nuestros vestidos. Zanye y yo nos sentamos sobre dos piedras grandes y blancas.

—¿No quisieras nadar como un pez?— Zanye me pregunta sin mirarme, no sé si me pregunta a mí o al río, los árboles, el sol.

—No me gustaría ser un pez a mí.

—No ser como un pez, yo te digo nadar como un pez. Nadar con la corriente muy rápido y llegar hasta el mar.

—¿Y entonces qué?

—No sé, llegar al mar y nadar. Más nada. Pero por dónde uno quiera.—Zanye me mira y se calla y ya no me mira más.

—Los pescadores te pescaban seguro y al final del día ibas a ser un pescado en la olla de una vieja.

Zanye se ríe y yo también me río, nos reímos hasta que nos duele. Pero Zanye deja de reír, su risa ya no suena en el claro del bosque, junto al río, cuando Zanye vuelve a hablar.

—Me voy a unir con Nomuen.

—¿Con Nomuen?

—Me van a unir con él.

Pienso en Nomuen, alto y cargando sacos de maíz blanco del molino a las casas. Nomuen grande y viejo y serio. Entrega un saco pequeño en cada casa, Zigüe siempre iba a recibirlo a la puerta a Nomuen y le rozaba las manos cuando le daba la bolsa de trigo pero Nomuen parecía que no se daba cuenta, Nomuen; ahora su madre está vieja y enferma y carga él los sacos; será Zanye la que cargue el maíz de casa en casa, por la aldea. Zanye seguro podría hacer eso, lo haría tan bien Zanye

cargando los sacos sobre la cabeza igual que lleva y trae las vasijas de agua del río. No sé si llevarán más maíz los sacos de Nomue, en mi casa no pescamos y nuestros sacos llevan menos maíz, desde que mi padre murió, ni mi madre ni Yigüe ni yo podemos pescar.

—A lo mejor puedes comer más tortas de maíz y más pescado— A Zanye le gustan las tortas de maíz blanco.

Oigo la respiración de Zanye ir más rápido y me giro y la cara de Zanye está mojada y roja, como cuando pasamos mucho tiempo al sol junto al río cuando vamos a recoger agua y mi madre me regaña; mi madre me dice “te pasas demasiado tiempo haciendo nada, tumbada en el sol”. Zanye llora y yo también lloro pero no entiendo; me caen unas lágrimas grandes y pesadas por la cara, como las piedras del fondo del río, pero no sé bien por qué lloro.

—Más me gustaría unirme contigo.

No entiendo lo que dice Zanye, no entiendo las palabras que salen de su boca; la unión pasa entre un hombre y una mujer; la mujer y el hombre se unen como Kalud y Kayad; Kalut crea las cosas de este mundo y Kayad las gobierna, una mujer puede crear pero no gobernar; si dos mujeres se unen lo que creen quién gobierna sobre ello, Zanye.

Zanye y yo gobernaríamos sobre las cosas; pescaríamos en el mar, seguro que Zanye aprende a pescar enseguida; aprende a tensar las redes y a cargarlas como hacen los hombres, y después me enseñaría; cuando éramos más niñas yo cogía los cangrejos más rápido que nadie, también podría coger los peces entre las manos y vivir en una casa nueva, construir una casa de tierra roja y vivir las dos.

Zanye se acerca a mí, me pone las manos sobre los hombros y siento su peso sobre mí, se acerca y roza sus labios con los míos. Los labios de Zanye están mojados de agua y fríos, los labios de Zanye están fríos pero se poco a poco se calientan; igual que nuestras manos; las manos de Zanye y las mías tiemblen y se van calentando, como un pote de barro sobre el fuego se caliente poco a poco, como los vestidos casi secos sobre la orilla. El pelo mojado de Zanye me cae sobre la cara, el pelo que es largo y oscuro, y pienso en unirme con Zanye, más me gustaría unirme con Zanye, que el pelo de Zanye me moje la cara caliente bajo el sol otros días como este, todos los días junto al río.

Zanye se unió a Nomuen el siguiente otoño. Todos fueron a la unión, las mujeres lloraban de alegría y yo también lloraba. Zanye llevaba el pelo largo trenzado con flores, las mujeres le trenzarían el pelo esa mañana, y la bañarían en el río y le rociarían agua de coco en el cuerpo, le pondrían un vestido de tela blanca y verde. Las mujeres lloraban de alegría y yo también lloraba, pero Zanye no lloró; Zanye miraba al pueblo

con ojos rojos y no lloraba y yo quería destrenzarle el pelo, quería quitarla las flores del pelo y dejarle el pelo suelto.

Las mujeres que se unen van a coger agua juntas. Las mujeres que no se han unido van a coger agua juntas. Yo intenté unirme para volver a recoger agua con Zanye, pero Zanye murió el verano siguiente; Zanye murió antes de ponerle nombre a su primer hijo.

Capítulo 7

Hay que esperar a que el sol baje un poco en el cielo para ir al río; si uno va demasiado pronto, cuando el sol está alto en el cielo, la cara se enrojece y se quema, la piel se oscurece y se tuesta como la carne de cerdo sobre el fuego. Las viejas del pueblo siempre dicen que el sol de mediodía enferma; las viejas saben que el que pase mucho tiempo al sol tiene luego manchas marrones en el cuerpo y enloquece; la piel de muchos pescadores se quema, se vuelve marrón y después mueren.

Por eso espero. Veo por la ventana el sol descender poco a poco; con el descenso del sol empiezan las mujeres mayores a salir de las casas, salen de la casa las mujeres como insectos; las veo caminar a lo lejos, salir por la puerta e ir andando todas al centro del pueblo, se reúnen todas en la plaza del silo, como hormigas. Yo también salgo.

-Volveré pronto.

Le digo a Cayui que volveré enseguida y que haremos sopa de pescado, en esta época los pescadores vienen bien cargados y hay comida para todos; el sol del verano aún no ha llegado; aún se puede sembrar la tierra y recoger de ella, hay que recoger la cosecha de maíz muy rápido antes de que las mazorcas se sequen en la espiga; en las mañanas las mujeres quebramos la mazorca y la almacenamos en el silo en el centro del pueblo.

Salgo de casa y voy a reunirme con las mujeres; las mujeres van andando en una fila larga en el sendero que conduce al río, nosotras también somos un río que se mueve entre el polvo de la Tierra, que corre por el medio del pueblo; el cauce va saliendo poco a poco de él, se va alejando, nosotras vamos caminando en filas por parejas, somos un río de flujo irregular y constante.

Las mujeres caminan en fila y yo camino con ellas. Caminamos de dos en dos y es Marid la que camina conmigo, la que está a mi lado ahora; Marid tiene casi tantos años como yo y me coge de la mano; la mano de Marid es fría como la mía (las manos de Zanye eran calientes como la arena al mediodía), y dice Hoy vino un hombre.

Entonces me doy cuenta de que todas las mujeres susurran y todas dicen lo mismo que Marid dice, Hoy ha venido un hombre, repiten las mujeres unas a otras en voz baja y su voz es como el viento que se frota en las hojas de los árboles y la tierra del camino, y me preguntó qué clase de hombre será que todas las mujeres hablan de él y repiten que ha venido, y entonces viene una idea a mi cabeza. Pienso si no será un

hombre blanco como la mujer blanca que está con Cayui en la casa.

Las mujeres siguen hablando y dicen que el hombre no habla como hablamos nosotros en el pueblo, ni tampoco habla como los que viven en los pueblos a lo largo y al otro lado del río; en los otros pueblos del río hablan como hablamos nosotros pero a veces usan palabras diferentes, a la flor del almén que crece junto a la ribera y con la que las mujeres se trenzan el pelo le dan el nombre de almén, y a los árboles que crecen junto al río los llaman juberos y nosotros le decimos jibanos. Pregunto de nuevo y tampoco el hombre habla como los mercaderes que vienen a veces al pueblo, en primavera cuando la hierba rompe la tierra y el hielo, en otoño cuando los frutos del campo crecen altos y brillantes; no habla como el hombre de Yigüe, que habla como nosotros pero los sonidos de su boca se oyen diferentes, como si hablase a través de una concha.

Cómo entienden al hombre, cómo hablan y escuchan al hombre que no habla con las palabras que hablamos, las palabras que susurró Kalud a los primeros hombres y mujeres en la oreja para dar nombre a aquello que era suyo. Le pregunto a Marid y Marid abre los ojos mucho, me mira con los ojos muy abiertos, parece que la hubiese sorprendido alguien con una noticia inesperada o que la hubiesen asustado viniendo por detrás y cogiéndole los hombros como me hacía Cayui a veces, y como hacía yo a Yigüe a veces cuando niñas y cogíamos agua en el río. Parece asustada Marid cuando habla y me responde:

—El hombre habla a una piedra y la piedra entonces habla y sus palabras son como las nuestras, la piedra habla con la voz de nosotros diciendo lo que El Hombre quiere decir.

—Como el fuego de las viejas.

—Como el fuego de las viejas es la piedra de ese hombre.

Marid responde y me digo otras preguntas, más preguntas acerca de el hombre, de la piedra de el hombre. Las otras mujeres deshacen la fila del agua y se agrupan como en una rueda, nos rodean a mí y a Marid y responden en voz baja las preguntas que todavía no he hecho, pero que ya he pensado.

Las mujeres dicen que el hombre quiere las conchas que se recogen en la arena junto al mar y el maíz que no comamos, y el hombre nos dará tantas cosas en lugar de las conchas y el maíz: el cuero de las vacas que pastan en los valles verdes del principio del río y cuchillos de piedra blanca, de piedra fina y transparente como el agua fría. Marid dice que cortan todo, que cortan más que los cuchillos del pueblo, más profundo y más rápido entran en la carne y la como el viento quiebra las

hojas secas en el árbol.

—El hombre saco el cuchillo frente a todos y ahí mismo agarró a una gallina del corral y le rebanó el cuello a la gallina; ya sabes cómo gritan las gallinas, pero esta no gritó, la cabeza cayó enterita en la tierra antes de que pudiese gritar la gallina.

Antes del tiempo como es ahora, las mujeres y los hombres solo tenían comida para ellos, y para dar de comer a sus hijos; así era cuando la madre de mi madre vivía, Yigüe la conoció pero yo no, a la madre de mi madre que vivía cuando los hombres se ocultaban del sol y de la tierra. Porque en el día el sol brillaba alto en el cielo y secaba el agua de la lluvia que caía en la tierra, y secaba la tierra y la partía en partes donde no podía crecer el maíz, ni las papas, ni los hijos de las mujeres; y quemaba la piel de los hombres y las mujeres, también de la madre de mi madre que vivió entonces. Y la noche era fría y sin nubes y el agua en las grietas de la tierra se volvía dura y fría, como el hielo del río en invierno, y los peces morían en ella.

Pero ahora la lluvia es caliente como las manos de Cayui y cae sobre la tierra y la moja, la tierra se alimenta del agua que envía Kalud y el maíz crece alto y da flor, y luego fruto, y las mujeres y los hombres se alimentan del maíz y también crecen altos y dan frutos sobre la tierra.

Cuando comemos maíz y aún queda maíz en el silo del pueblo, lo damos a quienes vienen al pueblo a darnos otras cosas que no comieron o no utilizaron, o lo llevamos a otros pueblos en este lado del río. Kalud dijo que las mujeres y los hombres no deben quedarse nunca con el maíz que no coman; en la aldea comemos hasta que estamos llenos, tortas de maíz y pescado, y sopa de cangrejo y la leche de las ovejas que han parido, y la calabaza grande y dulce y la papa que crece de la tierra cuando ha pasado el verano. Pero no comemos más de eso, no comemos más que para tener el estómago lleno y acostarnos en la cama calientes y levantarnos cuando el sol salga para recoger el maíz, pescar el pescado.